

## **La Guerra del Pacífico y la “idea” de lo nacional. A propósito de editoriales de *El Diario Ilustrado*, Santiago 1902-1906**

*The War of the Pacific and the “idea” of what is meant by national.  
Regarding the editorials of *Diario Ilustrado*, Santiago 1902-1906.*

Paula Caffarena Barcenilla\*

### **RESUMEN**

*Los artículos editoriales de El Diario Ilustrado elaboran un diagnóstico de la época, así como consideraciones respecto a lo nacional, vinculadas a un fundamento económico y a la idea de orden y apego a la legalidad. Estas apreciaciones ejercen influencia en la conformación del recuerdo y de la tradición que se forja en torno a la Guerra del Pacífico y a la dinámica general de las relaciones entre los países fronterizos del norte. Son centrales las reflexiones sobre la identidad nacional a partir de la diferenciación del otro y los planteamientos respecto a que lo nacional actuó como un cristal con el cual se leyó el conflicto, dando origen a interpretaciones diversas e incluso antagónicas en los tres países que participaron en el conflicto.*

### **Palabras clave**

*Guerra del Pacífico, identidad nacional, Chile-Perú-Bolivia.*

### **ABSTRACT**

*The published articles of El Diario Ilustrado constitute a diagnosis of the epoch and considerations on what is own to each nation. To these, are linked concept of order and attachment to legality and importance of economic foundation. This elements exercise great influence in the recollection and tradition that is forged around the War of the Pacific and the general dynamics of the relationships between northern bordering countries. Reflections about the idea of a national identity conceived as a differentiation statement are central. Since they have a direct impact on the prisms through which diverse –and often antagonistic– interpretations arise within the three participating countries.*

### **Key words**

*War of the Pacific, national identity, Chile-Peru-Bolivia.*

## Introducción

Nuestro estudio presenta el análisis de ciertos artículos editoriales de *El Diario Ilustrado* entre el año de su apertura 1902 y 1906. En términos generales, el diario tuvo una tendencia conservadora determinada tanto por su fundador, Ricardo Salas Edwards, como por los intelectuales que escribieron en él. Esta tendencia irá acentuándose en el tiempo, llegando a la década de 1920 como el “órgano del Partido Conservador y de la Iglesia Católica”<sup>1</sup>. Ahora bien, para el periodo estudiado y los temas tratados se observa un esfuerzo por conseguir un tratamiento ponderado de los temas presentados. En este sentido, en un artículo aparecido el 12 de octubre de 1902 el diario presentaba su posición por medio de las siguientes palabras:

“se gasta mucho empeño por presentarnos como enemigos de las soluciones pacíficas de nuestras cuestiones internacionales; pero quienquiera que se tome el trabajo de aprender sin pasión y juzgarnos imparcialmente, se convencerá de que sólo deseamos y buscamos las soluciones honrosas”<sup>2</sup>.

Este tipo de análisis nos introduce en las relaciones que se establecen entre el hombre y aquello que consideramos producto de él. Los escritos son representaciones que el ser humano construye de la realidad, formas de simbolizar nuestro tiempo y espacio, pero, a su vez, son elementos que van conformando realidades, puesto que su existencia, su lectura e incluso su no lectura van condicionando un actuar. De este modo, la división categórica entre *realidad* y *representación* se diluye develando procesos de mayor complejidad.

El análisis de dichos artículos nos ha permitido observar distintos temas que hemos agrupado del siguiente modo: diagnóstico de la época, consideraciones respecto a lo nacional, idea de orden y apego a la legalidad y fundamento

económico. A partir de ellos, nos interesa precisar la conformación del recuerdo y de la tradición sobre la Guerra del Pacífico y en torno a la dinámica general de las relaciones entre Chile, Perú y Bolivia.

Para dicho objetivo, nos centraremos en el análisis de la noción de identidad nacional a partir de la diferenciación del otro. También, en cómo encontramos en la prensa los contenidos de nuestra memoria que, de una u otra forma, son elementos fundantes de juicios y prejuicios que gravitan en torno a estos temas. Finalmente, en la importancia de las construcciones discursivas a través de una relectura de la guerra y de los problemas limítrofes, en el sentido de apreciar cómo ésta no es sólo producto de problemas económicos y geopolíticos, sino que es parte de una forma determinada de entender y de reaccionar de las sociedades de ese periodo.

Es manifiesto que ciertos problemas que giran en torno a la Guerra del Pacífico siguen gravitando hoy en distintos niveles discursivos, ya sea historiográficos, gubernamentales o de la población en general. Vemos que a pesar de la distancia temporal siguen siendo problemas vigentes, no sólo porque se discutan, sino porque son parte de las miradas y de los recuerdos que configuran el actuar y las representaciones del presente. Expresan los contenidos de nuestra memoria colectiva que –como bien nos ha recordado Jacques Le Goff– “es un elemento esencial de aquello que llamamos identidad individual o colectiva”<sup>3</sup>.

Los problemas referidos a cuestiones limítrofes que nuestro país ha tenido y tiene en el Norte Grande han sido de largo alcance y por ello imposibles de analizar suscribiéndose únicamente al hito fundamental que fue la Guerra del Pacífico. En este sentido, la cuestión limítrofe debe entenderse dentro de procesos más amplios, que reciben influencia tanto del extranjero como de los mismos actores

<sup>1</sup> Cristián Gazmuri. Reseña: Juan Ricardo Couyoumdjian, Eliana Rozas, Josefina Tocornal. *La Hora*, 1935-1951, trayectoria de un diario político, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2002.

<sup>2</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 12 de octubre de 1902.

<sup>3</sup> Jacques Le Goff, *Histoire et mémoire*, Ed. Gallimard, París, 1988, p. 175 (traducción propia).

nacionales. No debemos olvidar que “el contexto en que se desarrolla la Guerra del Pacífico, pero también muchos otros conflictos entre otros tantos países vecinos, fue también el del nacionalismo liberal del siglo XIX”<sup>4</sup>. Nacionalismos que influyeron en la lectura y relectura de dicho conflicto.

En este sentido, realidad y discurso aparecen como dos niveles que se alimentan mutuamente. La influencia de la prensa de este periodo, a través de los discursos construidos, es central en la conformación de una memoria de la guerra y de los problemas asociados a ella, puesto que recordarla, ya sea para su conmemoración o para la resolución de conflictos tan pragmáticos con los tratados fronterizos, implicó una reinterpretación de la misma. No debemos olvidar que “en el proceso de memoria en el hombre, interviene no sólo el emplazamiento de huellas, sino también una relectura de las mismas”<sup>5</sup>.

### **I. *El Diario Ilustrado* y el diagnóstico de la época**

El primer cuarto del siglo XX se caracterizó por una crisis que afectó a la sociedad chilena en su conjunto<sup>6</sup>. Quienes la vivieron dejaron testimonios de la envergadura, especificidad y profundidad de ésta. Para Enrique Mc Iver y Alberto Edwards fue fundamentalmente una crisis de decadencia, para Luis Emilio Recabarren y Alejandro Venegas, la naturaleza de la crisis era social y de desarrollo, mientras que Nicolás Palacios la relacionó con elementos de raza. Otros autores enfatizaron los problemas políticos o económicos, dentro de los cuales destaca Francisco A. Encina. Estos autores fueron algunos de los testigos de dicha crisis, y si bien en cada uno de ellos

podemos observar énfasis distintos, en torno a la especificidad de sus causas y proyecciones, “casi todos otorgan gran importancia al factor de crisis representado por la relajación moral de la clase alta chilena de la época”<sup>7</sup>.

Aquellos que escribieron en *El Diario Ilustrado* realizaron ciertas consideraciones que nos permiten apreciar algunos rasgos de cómo se interpretó el carácter y las circunstancias que se vivían. Ya en los primeros días de publicación, y en el marco de las problemáticas chileno-argentinas, en torno a lo que se denominó “paz armada”, el político Gustavo Walker Martínez precisaba la situación del país mediante las siguientes palabras:

“nunca se respiró en Chile atmósfera más pesada que en la que hoy se vive, ni se vio más deprimido el carácter nacional. Rumores extraños llevan la incertidumbre, el temor y la desconfianza a los espíritus más animosos: se habla de la inminencia del peligro sin que se divise la acción que lo contrarreste y de la proximidad de la catástrofe que no se ve como conjurar, y, a medida que el cambio baja y las entradas fiscales disminuyen, aumenta el desorden en los servicios públicos, crece el descontento levantándose por todas partes clamores contra un estado de cosas que arrastra al país a la ruina”<sup>8</sup>.

Los problemas internos resultaban evidentes y las formas que éstos adquirieron parecían estar determinadas por dos situaciones, una de carácter político y una de carácter moral. Las imágenes que se utilizaron en relación a esta última no dejan de llamar la atención, por cuanto evocan situaciones en las que pareciera estarse viviendo un periodo de pérdida y de toma de conciencia respecto a las difíciles circunstancias en que vivía el país. Se fue configurando un escenario caracterizado por la incertidumbre y la inestabilidad, donde los asuntos políticos se entrecruzaron con situaciones de carácter moral. Así, el *deprimido*

<sup>4</sup> Eduardo Cavieres y Cristóbal Aljovín (Ed.), *Chile-Perú; Perú-Chile. Desarrollos políticos, económicos y culturales, 1820-1920*; P. Universidad Católica de Valparaíso, Universidad de San Marcos, Valparaíso, 2005, Chile, p. 19.

<sup>5</sup> Jacques Le Goff, *op. cit.*, p. 106 (traducción propia).

<sup>6</sup> Entre 1860 a 1929 hay una recurrencia de las crisis en Latinoamérica, las cuales tuvieron efectos en lo político, en lo social y en lo cultural. Fundamentalmente, se vincularon con los modos en que se habían llevado a cabo los proyectos de modernización.

<sup>7</sup> Cristián Gazmuri, *Testimonio de una crisis. Chile 1900-1925*, Ed. Universitaria, Santiago, 1980, p. 11.

<sup>8</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 2 de abril de 1902.

*carácter nacional* fue visto como un declive del patriotismo:

“No sólo flaquean moralmente los partidos, parlamento y gobierno, flaquean las clases dirigentes en general, flaquean las clases dirigidas, que en realidad no aceptan dirección. El criterio general parece maleado. Hay algo semejante a una verdadera crisis moral”<sup>9</sup>.

El desorden y el caos que evidenciaba esta crisis interna debían ser comprendidos por la población. La necesidad de ordenar la realidad era urgente, y en gran parte se efectuó a partir de una relectura del pasado que permitió orientar la acción en el presente. En este sentido, es significativo el resurgimiento de la figura de Arturo Prat, que “se basaba en la necesidad de la sociedad chilena de encontrar guía y ejemplo moral. Su sacrificio durante la guerra y su inmaculada vida privada encarnaban, se supone, virtudes chilenas tradicionales que habían hecho próspera y feliz a la nación. Se creía que el surgimiento del régimen parlamentario había deprimido estas virtudes. (...) Se presumía que Chile recobraría nuevamente su perdida grandeza cuando emulara las virtudes de Prat”<sup>10</sup>.

De este modo, las condicionantes internas incidieron profundamente en la revaloración del héroe chileno de la Guerra del Pacífico, ya que actuaron como un cristal con el cual se miraron e interpretaron los conflictos con Perú, Bolivia y Argentina. La crisis moral condujo a un sector de la sociedad chilena a mirar su pasado, queriendo encontrar allí las virtudes perdidas y los elementos que permitieran su regeneración. La Guerra del Pacífico, entonces, jugó un importante rol, puesto que el recuerdo de ella y de sus héroes estuvo firmemente ligado a aquellos elementos que se consideraban perdidos y que se querían recuperar. El 21 de mayo de

1912 encontramos la siguiente valoración de la Guerra del Pacífico:

“que la batalla levanta... para siempre un monumento de gloria más pura y sublime, al patriotismo y valor de la raza chilena”<sup>11</sup>.

La construcción de estas representaciones que son los héroes surge en determinados contextos que no podemos soslayar. Aparentemente, cuando se vive una situación de estabilidad y de tranquilidad los cuestionamientos sobre la identidad tienen menos sentido. Por el contrario, “...cuando se sienten amenazas en el ambiente, cuando hay algo que perturba, cuando no se sabe bien cómo reaccionar frente a una situación nueva, es en esas situaciones que surgen las preguntas sobre la identidad”<sup>12</sup>.

Si centramos la mirada en las relaciones entre Chile y Perú, y fijamos la atención en los artículos del diario que aluden a los problemas que gravitaban en torno a la anexión definitiva de las provincias de Tacna y Arica, vemos que la relación que se estableció con dicha crisis tomó la forma, entre otras, de crítica al gobierno. Específicamente, hacia la Cancillería y la forma como ésta entendió y actuó frente a los problemas que se presentaron:

“La atmósfera reinante en este asunto, acaso de más vital interés para el país, ha sido contraria de la que persiguen usted y demás personas que conocen la situación. La más incomprensible indolencia o una ceguera más rara todavía, han dominado en La Moneda y en la opinión desde veintidós años atrás”<sup>13</sup>.

Resulta interesante detenernos en este punto, puesto que a través de este medio de prensa se fue elaborando un discurso crítico respecto al gobierno presidido por Germán Riesco Errázuriz, el cual se irá sosteniendo desde

<sup>9</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 20 de diciembre de 1905.

<sup>10</sup> William Sater, *La Imagen heroica en Chile. Arturo Prat, santo secular*, Ed. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005, p. 87.

<sup>11</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 21 de mayo de 1912.

<sup>12</sup> Jorge Larraín, Jorge Gissi y Fidel Sepúlveda, *Cultura e Identidad en América Latina*, Ed. Instituto chileno de estudios humanísticos ICHEH, Santiago, 1995, p. 40.

<sup>13</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 11 de abril de 1902.

los inicios de las publicaciones hasta por lo menos 1906.

En un primer momento se subrayó la indiferencia de la Cancillería en torno a temas tan importantes como la anexión definitiva de las provincias ya mencionadas, lo cual se materializaba en la falta de políticas claras y efectivas en torno a los proyectos de chilenización, lo que ponía en peligro la posibilidad efectiva de ganar el plebiscito que estipulaba el tratado con Perú. De este modo, el discurso que se fue estructurando refleja una serie de problemas en el actuar del gobierno y, a su vez, un anhelo por afianzar la dominación sobre aquellas provincias que se pensaban eran chilenas; sin embargo, y he aquí la crítica, la acción del gobierno parecía tener otro rumbo:

“Hasta el presente, con una desidia mil veces condenada por la prensa y la opinión pública, nuestros gobiernos han dejado cundir los intereses peruanos en Arica y Tacna y abandonado o descuidado lo nuestro al punto que ni los desbordes de la prensa adicta al Perú, ni la acción de los educacionistas y del clero peruano les habían decidido a emplear medios prácticos y efectivos para detener la corriente peruana en esas ciudades y territorios (...) Deber sagrado de poner de su parte cuantos medios sean conducentes a afianzar la dominación definitiva de Chile sobre aquellas provincias, dominación que el país entero considera necesaria por graves y decisivas razones de seguridad nacional y de orden económico internacional”<sup>14</sup>.

La construcción discursiva fue reforzando la idea de la legitimidad de la posesión de Tacna y Arica, a través de la necesidad de una acción chilena concreta que se diferenciara de la acción peruana, marcando ya una divergencia entre ambos modos. Se postulaba la necesidad de la presencia y gestión chilena en la zona, que frenara la presencia peruana, que estaba concretizándose a través de la gestión del clero y de la expansión de la educación en dichas provincias. De todos modos, debemos insertar

estos discursos y acciones en escenarios más amplios y que venían dándose a partir del siglo XIX. Al respecto, señala Subercaseaux, que “el Estado junto con la elite desempeñaron un rol fundamental en el proceso de nacionalización o chilenización de la sociedad: difunden e imponen a través de la escuela, la prensa y otros mecanismos un “nosotros”, un sentido de pertenencia...”<sup>15</sup>.

Podríamos sugerir entonces que una de las vías mediante las cuales se fijaron ciertos límites respecto a la identidad nacional estuvo dada por la diferenciación entre Chile y Perú. Pareciera que en el imaginario del periodo se representó la idea de la nación chilena y la necesidad de arraigarla en dichas provincias a partir de la premisa de la diferenciación entre *nosotros* y *ellos*.

Ahora bien, siguiendo a Peter Elmore, esta acción estatal podemos pensarla insuficiente, puesto que “sin la idea de un sedimento histórico común, de una herencia compartida por gentes de diversas clases y grupos étnicos, el sentimiento patriótico se convierte en una argamasa más bien deleznable, pues el apego emotivo al país de origen se diluye si éste aparece exclusivamente bajo la forma de su aparato estatal”<sup>16</sup>. Es por ello que pensamos que los discursos que se construyeron y que explicaron las coyunturas validaron y permitieron crear un basamento esencial en la formación de la identidad nacional.

A partir de estas perspectivas podríamos preguntarnos, ¿qué sucede con aquellos elementos que presentan continuidades? En este afán de separar lo chileno de lo peruano, ¿no se estaban soslayando las similitudes propias de las provincias de Tacna y Arica? No debemos olvidar que durante el periodo colonial estas provincias constituían una región,

<sup>14</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de diciembre de 1903.

<sup>15</sup> Bernardo Subercaseaux, “Caminos interferidos: de lo político a lo cultural. Reflexiones sobre la identidad cultural”, En: *Revista de Estudios Públicos* Verano. Santiago, 1999, N° 73, p. 154.

<sup>16</sup> Peter Elmore, *La fábrica de la memoria, La crisis de la representación en la novela histórica latinoamericana*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Lima, 1997, p. 12.

un todo que recién con la implantación de las reformas borbónicas comenzó a separarse. Hay “elementos manifiestos de semejanza, como el legado del virreinato tanto en cultura como en economía y, por otro lado, su existencia como Estados independientes con un proyecto político similar, que es el republicanismo...”<sup>17</sup>.

Vemos, entonces, que la situación no se redujo a la anexión de dichas provincias por razones económicas o geopolíticas, sino que tras ella hubo otros factores que nos permiten comprender que el énfasis puesto en la crítica al Gobierno por parte de *El Diario Ilustrado* fue quizás un intento por defender la idea de nación chilena que representaban estos territorios, a sus ojos descuidados por el Gobierno.

Por otro lado, la situación que se sostiene con Bolivia es esencial para comprender los escenarios mencionados, no sólo porque formó parte de las temáticas y de los discursos del periodo, sino que también porque contiene elementos que nos permiten delinear cómo se fue conformando nuestra memoria sobre la guerra.

La visión del diario, formulada en reiteradas ocasiones, indica que “la cuestión del norte está limitada a la existente con el Perú”<sup>18</sup>, puesto que el Pacto de Tregua de 1884, firmado entre Chile y Bolivia, poseía un carácter definitivo:

“... El pacto de tregua debió estimarse como definitivo, especialmente por parte de Bolivia. (...) El tiempo, sin embargo, ha venido a favorecer a Bolivia. No podíamos ya, por espíritu de moral internacional y de solidaridad americana, poner en la balanza la superioridad de nuestra organización y fuerza militar”<sup>19</sup>.

Este intento por negar los conflictos con Bolivia tuvo como consecuencia enfatizar

el problema relativo a la anexión de Tacna y Arica, en desmedro de las cuestiones bolivianas. Vemos pues, por una parte, que aún se sostenía la idea de la inexistencia de la “cuestión boliviana” y continuaba la crítica a la labor de la Cancillería. Por otra, dichas problemáticas vinieron a poner en relieve la idea de “superioridad chilena”, entregando un contenido al recuerdo que se fue construyendo de la guerra. La misma existencia del conflicto con Bolivia posterior a la Guerra del Pacífico se interpretó como un acto honorable por parte de Chile, quien no queriendo provocar otra guerra decidió tomar en consideración los reclamos y propuestas bolivianas.

La controversia fue siempre un factor dominante en estas cuestiones. La firma del Tratado de 1904, cuya consecuencia fue la anexión definitiva de la provincia de Antofagasta a territorio chileno, recibió fuertes críticas de los países vecinos. A través de una publicación del 25 de febrero de 1905 en *El Diario Ilustrado* y que reproducía un artículo del diario *La Nación* de Buenos Aires, observamos los términos en que se juzgaba el tratado. En primer lugar, se señalaba que en Perú el tratado era criticado porque se habían establecido disposiciones sobre zonas litigiosas en su ausencia, lo cual consideraban inaceptable. En segundo lugar, Bolivia lo atacaba por considerarlo depresivo y porque enfeudaba su soberanía e intereses económicos. En tercer lugar, en Chile, las críticas estuvieron representadas por aquellos que quisieran haber actuado con mayor intransigencia en las condiciones estipuladas. Finalmente, la visión que Argentina expuso sobre estos acontecimientos no se alejó demasiado de lo expuesto anteriormente. La objeción que dicho país hizo del tratado se fundamentó en el punto de vista del tráfico comercial, puesto que las concesiones que se habían acordado al tráfico chileno iban en directa relación con el fomento de sus intereses e influencia económica, lo cual pondría en competencia a la línea chilena y la argentina, que se disputarían el comercio y el tráfico boliviano. De este modo, *La Nación* de Buenos Aires planteaba:

<sup>17</sup> Eduardo Cavieres y Cristóbal Aljovín, *op. cit.*, p. 21.

<sup>18</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 13 de abril de 1902.

<sup>19</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 17 de octubre de 1904.

“Bolivia no ha hecho más que someterse a una fatalidad, la menos dura a su elección”<sup>20</sup>.

Para dicho periódico, las condiciones en que se firmó el tratado no eran las de gobiernos con plena libertad de acción y de albedrío, las negociaciones y la misma firma boliviana estaban fuertemente condicionadas por circunstancias previas. Recordemos que entre 1879 y 1904 Bolivia vivió una inestabilidad política, que registró una sucesión de golpes militares y una guerra civil, entre otras situaciones. Este escenario condicionaba la firma del tratado y, a su vez, las significaciones y valoraciones que se generaban del mismo.

Es en estos contextos que podemos situar la perspectiva presentada por el periódico argentino, en cuanto posicionaba a Chile como el vencedor, que había sabido sacar el máximo de ventajas posibles. Había utilizado el tratado con gran habilidad diplomática, para conservar no sólo

“su influencia e intereses en el país, sino, y esto es lo más primordial para él, para quebrantar toda solidaridad entre los vencidos; aislando a uno de ellos, y colocándolo también en la situación de optar con resignación por las soluciones indicadas o aconsejadas por las nuevas circunstancias”<sup>21</sup>.

La alusión a una especie de solidaridad latinoamericana adquiere un tinte especial si se presenta junto a un artículo referido a la conmemoración de la independencia de Perú:

“Fecha gloriosa que recuerda el último y más importante esfuerzo de la legendaria lucha contra la metrópoli española. Peruanos, chilenos y argentinos militaron unidos a la sombra de la gran bandera de la emancipación (...) Por su situación, y por la diversidad de sus productos, las repúblicas latinas tienen relaciones señaladas por la naturaleza, y que no pueden ser

quebrantadas o interrumpidas sin recíproco perjuicio...”<sup>22</sup>.

Estos discursos nos permiten señalar que aún gravitaban a principios del siglo XX ideas en torno a una especie de confraternidad americana. No debemos olvidar que en el año 1866, cuando Chile y Perú se unieron en el combate del 2 de mayo contra la escuadra española, se vivenció “un momento de recuperación del discurso americanista de las guerras de emancipación ante un enemigo común, España, que aglutinó entonces a nuestros países. Es común en el Perú entender la guerra de 1866 como un hito de unión americana”<sup>23</sup>. Vemos que en la historia que se ha construido entre ambos países no sólo los conflictos han marcado las relaciones, sino que hay también una historia de encuentros que, aunque pareciera estar soslayada, forma parte de ambos países.

A partir del mismo artículo, podríamos preguntarnos, ¿no hay aquí una divergencia entre la imagen de Chile en el ámbito internacional y aquella que circulaba en el ámbito nacional? Dicho artículo manifestaba la importancia de la valoración y respeto de los países latinoamericanos, donde incluso la geografía vendría a jugar un rol primordial en la unión de éstos. El trabajo conjunto de estos países vendría a conformar el escenario requerido para el esperado surgimiento de América Latina. En este sentido, la valoración que se hacía del pasado resulta interesante en cuanto se proyectaba hacia un futuro en el cual se postulaba la necesidad de establecer sólidos lazos políticos y comerciales.

En suma, tres problemáticas internas se develan: una política representada por el mal funcionamiento gubernamental, una económica y una de carácter moral, que evidenciaba el sentimiento de pérdida de virtudes y de patriotismo. A esto se sumaron los conflictos internacionales determinados

<sup>22</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 28 de julio de 1904.

<sup>23</sup> Eduardo Cavieres, *Chile-Perú, La historia y la escuela. Conflictos nacionales, percepciones sociales*. Ed. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2006, p. 24.

<sup>20</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 25 de febrero de 1905.

<sup>21</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 25 de febrero de 1905.

por la definición de fronteras, problemas que al ser leídos a partir del escenario interno presentado se comprenden en perspectivas más amplias que las consecuencias de la guerra de 1879. Una forma que se sugiere para ampliarlas radica en observar cómo en las construcciones discursivas que se hicieron respecto a los conflictos chileno-peruano-boliviano hubo un intento por definir *lo nacional* a partir de aquello que permitía diferenciarse de *otros*, donde la idea de uno o varios enemigos impulsaba la necesidad de reafirmar el *yo*.

Del mismo modo, hemos visto cómo estas problemáticas dejaron entrever elementos que formaban parte de nuestra memoria y de las representaciones que hemos construido respecto de los conflictos del periodo. Se sugiere que ciertas imágenes presentes en la prensa del periodo, tales como la "superioridad chilena", las diferencias entre chilenos, peruanos y bolivianos, la legitimidad del tratado de 1904, etc., forman parte de los contenidos de nuestra memoria, por lo que conviene tener presente los diversos momentos en que se fueron construyendo y reconstruyendo.

## II. Consideraciones respecto a lo nacional

Los discursos estudiados presentan contenidos relativos a la definición de *lo nacional*, lo cual nos remite a los procesos de identificación con una nación determinada. Debemos recordar que la identidad "se define no como esencia inmutable, sino como proceso histórico permanente de construcción y reconstrucción de la comunidad imaginada que es la nación"<sup>24</sup>. Hay componentes de nuestra identidad que se desarrollaron durante los tres siglos de dominación colonial, por tanto, no se pueden soslayar las continuidades presentes en las interacciones con los otros países de la región.

Al comprender el carácter histórico de la identidad nacional surge la pregunta respecto

al nacionalismo, por los contenidos que adquiere éste en la segunda mitad del siglo XIX, fuertemente ligado a lo étnico y en términos teóricos por la transformación de ese concepto central de la ciencia social del siglo XIX que es el de la *raza*<sup>25</sup>.

Durante el periodo que sigue a la Revolución Francesa y la Primera Guerra Mundial se escribió "muy poco que no fuera retórica nacionalista y racista"<sup>26</sup>. Esto es central para nuestro estudio, en la medida que coincide con el desarrollo de la Guerra del Pacífico, y con el desarrollo de un sentimiento nacional que, recordando los planteamientos de Sater, se representa en la revalorización de héroes como Arturo Prat, enaltecido, fundamentalmente, por su patriotismo.

Vista la problemática desde una perspectiva geográfica, cabe preguntarse sobre cómo se logró desarrollar un sentimiento nacional, en un territorio donde la distancia física tiene importantes repercusiones. Sin lugar a dudas, por lo menos a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, ser chileno no significaba lo mismo en Santiago que en las provincias del extremo norte y del extremo sur. En relación a las situaciones que nos permiten develar cómo en aquella época se comprende la cuestión nacional, el proceso de *chilenización* de Tacna y Arica entrega interesantes perspectivas.

Fue recurrente en los discursos de *El Diario Ilustrado* referirse al proceso de *chilenización*, mediante el cual "a partir de 1880 el Estado chileno irrumpe en Tarapacá con todas sus agencias, incluidas la escuela pública, principal reproductora de la identidad nacional y cultura cívica"<sup>27</sup>. Ello implicaba arraigar principios y sentimientos de nacionalidad ausentes en dicho lugar. La *chilenización*, por lo menos en términos teóricos, pretendía

<sup>25</sup> Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Ed. Crítica, Barcelona, 2004, p. 117.

<sup>26</sup> Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 10.

<sup>27</sup> Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino 1880-1990*, Ed. DIBAM, Santiago, 2002, p. 18.

<sup>24</sup> Bernardo Subercaseaux, *op. cit.*, p. 151.



establecer elementos que permitieran generar conciencia de lo nacional en la población de Tacna y Arica.

Los medios mediante los cuales se pretendía chilenizar dichas provincias se pueden evidenciar a partir del siguiente texto:

“En el régimen agrícola de esas provincias ¿se ha adoptado medidas que atrajeran el concurso de nuestros campesinos? En el sistema escolar ¿desde cuándo se han tenido cuidado de difundir la enseñanza practicada por maestros chilenos, con el fin de impedir que crecieran los hijos de Arica y Tacna nutriendo su inteligencia de ideas extraviadas y mortificantes para Chile y alimentando de odio a nuestra nación? ¿Qué se ha hecho, ya que no para desarrollar el comercio, siquiera para detener su ruina en esas ciudades? ¿Cómo se ha manifestado, en una palabra, la acción chilenizadora de nuestro país en la provincia de Tacna y Arica? Hasta el momento presente, ni ha crecido considerablemente la población chilena en aquellas provincias; ni hemos conseguido incrementar tampoco el elemento extranjero que podía decidirse por nosotros, ni hemos, por cierto, suavizado siquiera los sentimientos de animadversión que los que poblaban esos territorios en 1880, y sus descendientes, abrigan por Chile”<sup>28</sup>.

A través de estas líneas podemos distinguir dos temas fundamentales. El primero se refiere a las medidas que se pensaban efectivas para arraigar el sentimiento nacional, entre las cuales la educación ocupaba un rol central. A partir del trabajo de Alberto Díaz y Rodrigo Ruz, podemos observar que “la escuela se transformaba en un instrumento que buscaba legitimar a la nación por medio de la imposición de ciertos símbolos o acciones que pretendían la cohesión social, en este caso, delimitando las ‘fronteras de la nación chilena’”<sup>29</sup>. Ahora bien, conviene precisar que

la importancia de la educación en los fines patrióticos fue un proceso que se desarrolló con ritmos propios. Los autores mencionados han puesto en evidencia que antes de 1920 la política educacional generó escaso impacto en zonas como Putre o Tarapacá, mientras que con la aprobación de la instrucción primaria en 1920 “comienzan a experimentarse cambios amparados en una política de alfabetización a nivel nacional. Solamente durante la década de 1920, y no antes, el recurso escolar es utilizado puntualmente con fines patrióticos, pero eso sí, vinculado directamente con el evento plebiscitario acordado por Perú y Chile para el año 1926; lo que en términos de conflicto se agudizó en las etapas previas al plebiscito”<sup>30</sup>.

El segundo se refiere a la necesidad de trasladar población chilena (con conciencia de tal) a dichas provincias. Una primera lectura nos podría indicar que este elemento de tipo cuantitativo se explica por la necesidad de contar con una mayor cantidad de votos al momento de realizarse el plebiscito estipulado; sin embargo, también podríamos pensar que el elemento chileno en la zona cumplió otra finalidad: poseía un valor en cuanto a la posibilidad de difundir el sentimiento de pertenencia a la nación chilena.

Observamos que *lo nacional* se concibe como algo posible de “exportar”; es decir, se piensa que el modo de ser chileno y el sentimiento mismo se pueden arraigar en dicha zona a través de la presencia del Estado. Los discursos que el diario elaboró postulaban la posibilidad de reforzar la idea de lo nacional, mediante una acción coordinada del Estado, a través de la puesta en marcha de políticas educativas que reforzaran el sentimiento chileno. De este modo, las relaciones que se establecieron entre Estado y Nación devienen esenciales, porque se ha mostrado que “las naciones no construyen estados y nacionalidades, sino que ocurre al revés”<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 29 de octubre de 1902.

<sup>29</sup> Alberto Díaz y Rodrigo Ruz, “Estado, escuela chilena y población andina en la ex Subdelegación de Putre. Acciones y reacciones durante el período post Guerra del Pacífico (1883-1929)”, *Revista Polis* N° 24, 2009, p. 5.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>31</sup> Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 18.

En el mismo artículo, observamos otro elemento destacable:

“Si se quiere regenerar delincuentes, envíeseles en buena hora a las provincias australes, en donde tengan que trabajar para comer, no a poblaciones en donde pueden llevar la alarma al vecindario y en donde van a desacreditar el nombre del país”<sup>32</sup>.

La confrontación que se realiza entre los territorios australes y nortinos nos llama la atención por la visión de conjunto que ofrece del territorio nacional, esto, porque el territorio austral se perfila como un lugar donde nada hay que perder, donde la subsistencia era tan compleja que el arduo trabajo sería capaz de regenerar delincuentes. El norte, por el contrario, aparece como un territorio donde se jugaba el futuro del país, pues estaba vinculado con la riqueza proveniente del salitre y *desacreditar el nombre del país* era algo que no se podía consentir.

La preocupación por el territorio austral era mínima, ya fuese porque se representaba como un territorio que no ofrecía mayor riqueza o porque las relaciones fronterizas eran menos fluidas que en el norte del país. Esto, dado que la Cordillera de los Andes actuaba como una barrera geográfica natural, que separaba físicamente a los *otros*. En cambio, en el norte las fronteras correspondían a líneas imaginarias, que necesitaban una burocracia estatal constante para no ser traspasadas.

La construcción de la idea de lo nacional no era un problema resuelto en el Chile de principios del siglo XX. La anexión definitiva de las provincias de Tacna y Arica jugó un rol importante en estos términos, puesto que era justamente la idea de nación la que se quiso implantar en dicho lugar. Ello trajo consigo un cuestionamiento respecto a cuáles eran los contenidos de lo que se quería arraigar en Tacna y Arica y por obvio que parezca señalar, que lo chileno es justamente lo que no es peruano ni boliviano, pareciera que

fue uno de los procesos más complejos y de grandes repercusiones en la historia de los tres países, puesto que se fueron estableciendo las diferencias entre *ellos* y *nosotros*.

Un momento importante al respecto resultó ser aquel en que se comienzan a construir imágenes sobre los sentimientos que primaban tanto en Chile como en Perú:

“Entre Chile y el Perú no hay, por de pronto, forma de arreglo sobre Tacna y Arica. Allá los rencores del vencimiento y el patriotismo herido no aceptarán jamás una proposición que ponga en peligro la incorporación de ambas provincias al seno desgarrado de la patria; aquí la soberbia del vencedor y la ambición no consentirán nunca que se devuelva al Perú territorios veinticinco años ha incorporados a la República y necesarios, según algunos, a la seguridad del país. Está allá montada una máquina de odios contra Chile, aquí una de ambición”<sup>33</sup>.

Estos límites que diferenciaban fueron construyendo imágenes de una supuesta superioridad de chilenos sobre peruanos y bolivianos<sup>34</sup>. Ello queda reflejado en los elementos utilizados para definir lo que era Chile.

“País favorecido como pocos... feracidad de su suelo y la riqueza de sus fuentes de producción minera, (donde) las condiciones admirables de la raza... que lo habita, facilidades excepcionales para preparar su defensa contra toda emergencia posible...”<sup>35</sup>.

Estas caracterizaciones evidencian fortalezas en torno a los recursos y a las características geográficas, pero también un lenguaje particular que no podemos dejar de notar. No es extraño que se utilizara el concepto de *raza* para caracterizar los elementos que por una parte diferenciaban a chilenos y peruanos, y por otra marcaban una superioridad de los primeros por sobre los segundos, puesto que uno de los problemas presentes en los contextos

<sup>32</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 26 de abril de 1904.

<sup>33</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 19 de marzo de 1904.

<sup>34</sup> Eduardo Cavieres, *Chile-Perú, La historia y la escuela...* op. cit., p. 50.

<sup>35</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 2 de abril de 1902.

Europeos de este periodo se vinculaba con el contenido racial que poseía el concepto de nacionalismo. Pareciera que nuestro país no quedó fuera de estas conceptualizaciones; recordemos que es durante este periodo que Nicolás Palacios publica su libro *Raza Chilena*, donde postula que el verdadero fundamento de la crisis estaría en el desprecio al *roto*, lo cual habría desligado y corrompido a la aristocracia chilena de su ambiente tradicional.

Es interesante mirar el problema desde nuestro tiempo presente. Una encuesta realizada en Lima por el grupo *Apoyo* y publicada en Chile por el *Diario La Tercera* reveló que existe en el Perú una tendencia al “resentimiento por la actitud soberbia de Chile y de su sentimiento de superioridad...”<sup>36</sup>, lo cual nos permite presentar ciertas relaciones. Esta imagen de ser más que Perú (y Bolivia), sigue siendo parte de los imaginarios chilenos y, como tal, parte de cómo el país se reconoce a sí mismo.

El análisis de estas situaciones puede afrontarse desde distintas perspectivas, lo primero es preguntarse respecto al por qué se generó dicho sentimiento en Chile y por qué influyó en las imágenes que Perú construyó sobre Chile. Sin embargo, otra vía de abordar estas cuestiones propone cuestionar el *cómo* se fueron construyendo dichas situaciones, poniendo el acento en los momentos en que se fueron conformando las mismas. Aparentemente, uno de ellos fue el periodo posterior a la Guerra del Pacífico reflejado en los artículos estudiados de *El Diario Ilustrado*, en los cuales se evidenciaban las virtudes chilenas en medio del conflicto diplomático con Perú:

“Chile, nación escrupulosa si las hay en el cumplimiento de los tratados internacionales a que están ligados su palabra y su honor; Chile, que por respeto a las cláusulas de un pacto de ese género ha debido consentir en arbitrajes que le han costado grandes y valiosas extensiones de su territorio, cumplirá fielmente con el tratado de Ancón

que lo liga con la república hermana del Perú”<sup>37</sup>.

Vemos aquí que una manera de caracterizar lo nacional se vinculó con el cumplimiento de los compromisos adquiridos. Esto se presentó como una virtud que comprometía el honor de la nación. Si pensamos en esta situación, al mismo tiempo que recordamos que una de las causas que se utilizan para explicar el origen de la Guerra del Pacífico es el incumplimiento de un pacto entre Chile y Bolivia, la situación nos habla no sólo de Chile, sino también de que justamente esa virtud chilena no la poseía la nación boliviana, estableciendo así un nuevo límite entre *ellos* y *nosotros*.

Estos discursos trajeron consigo enormes repercusiones en la formación de imágenes que diferenciaron el ser chileno, peruano y boliviano. Aunque no negamos la existencia de estas diferencias, consideramos conveniente cuestionar sus contenidos, en cuanto parecen obedecer a lógicas propias del siglo XIX, fundamentadas en diferencias raciales y que soslayan toda una serie de similitudes y de relaciones de diversa índole que han existido en dicha región.

Es por todo ello que interesa destacar los discursos en que podemos observar estas construcciones y que entregan contenido a la idea del *otro*.

“Órganos peruanos de la ciudad de Tacna maquinan siniestros proyectos en nuestra contra, calumnian a nuestras autoridades, desprestigian nuestras instituciones y procuran, al amparo de la libertad convertida en el abuso, inclinar por todos los medios posibles la opinión pública a favor del gobierno peruano (...) Pedimos a nuestros colegas peruanos de aquella ciudad, a los enemigos de Chile en territorio chileno, que cuando se dignen a interpretar los artículos de prensa del sur depongan sus rencores en obsequio a la verdad y se quiten de los ojos esa venda que les hace ver lo invisible y palpar lo palpable”<sup>38</sup>.

<sup>36</sup> Eduardo Cavieres, *Chile-Perú, La historia y la escuela...* op. cit., p. 47.

<sup>37</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de diciembre de 1903.

<sup>38</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 3 de mayo de 1902.

Es así como *lo peruano* se representó como el enemigo que calumniaba y que no era capaz de deponer los rencores de la derrota en pos de un análisis más certero de la realidad. Ahora bien, más allá de la veracidad de la situación concreta, lo interesante es remarcar tres situaciones. Primero, que un órgano de la prensa leyó esta situación a partir de los resentimientos presentes producto de la Guerra del Pacífico; segundo, que el acontecimiento sirvió para explicar el presente y, finalmente, que hubo una relectura constante de dicha guerra que influyó en la definición de lo nacional. En este sentido, más que el hecho en sí, lo que ha repercutido con fuerza es el cómo las sociedades chilena, peruana y boliviana vivenciaron los hechos, puesto que al parecer estaría allí el filtro con el cual se leyó el conflicto y se interpretó el presente.

Otro medio por el cual se caracterizó lo nacional y se leyó la victoria de la guerra se vinculó con la imagen que Chile tenía de sí mismo, y que se reflejaba en la importancia que se dio, por ejemplo, a la honorabilidad, vinculándose con la importancia del patriotismo y reforzando el lugar superior de Chile frente a los países vencidos.

Así, a raíz de una confusión que se produjo en torno a una propuesta que se confeccionó para dar solución al problema de Tacna y Arica, y que proponía, entre otras cosas, la anulación del tratado de Ancón y la entrega de la provincia de Tacna a Perú y de Arica a Chile, destacamos parte de un artículo:

“No es posible que quedemos bajo la penosa impresión de una derrota diplomática que nosotros mismos habríamos buscado, colocándonos respecto de nuestro vecino del norte en una situación que, felizmente y gracias al patriotismo de los hijos de Chile, no nos corresponde”<sup>39</sup>.

Es importante mencionar que no sólo Perú y Bolivia representaron a los *otros*. Europa también lo era, la diferencia radicaba en que

los primeros representaron al *otro* negativo, frente a los cuales había que diferenciarse y alejarse, mientras que Europa era el *otro* positivo, aquello frente a lo cual había que asemejarse e imitar. Esto no era nuevo y podríamos vincularlo a los discursos construidos durante el siglo XIX, representados fundamentalmente por intelectuales como Alberdi, Prado, Fortul, Ingenieros y Sarmiento. A través del pensamiento de este último, que se refleja en la obra *Civilización y Barbarie*, podemos sugerir algunas explicaciones respecto a por qué las representaciones que se construyeron frente al *otro* peruano y boliviano poseyeron contenidos negativos.

En primer lugar, debemos recordar la identificación del progreso y la civilización con lo europeo y la *raza blanca* que ahí habitaba, siendo común la afirmación respecto a que “es la mezcla de razas, esa mezcolanza que tenemos nosotros de españoles, de indígenas y de negros, lo que se opone al espíritu de la civilización”<sup>40</sup>. Aquí, el elemento que se opuso no fue el español sino el indígena. Si vinculamos esto, con el alto componente de población indígena que existía en Perú y Bolivia, podemos sugerir una explicación del carácter negativo que se le dio al *otro* representado por los vecinos del norte, no dando dicha connotación al *otro* representado por Europa.

Finalmente, vemos que los discursos del diario expresaban y ponían en evidencia ciertos componentes de aquello que se entendía por lo nacional, donde las construcciones demostraban un carácter nacionalista que respondía a las circunstancias propias del contexto en que se vivía. El sentimiento de superioridad chileno, que estuvo tan presente en las percepciones que se tenían respecto a las cuestiones entre los países fronterizos del norte, se enmarcó dentro de estas construcciones y fue también un reflejo de cómo la idea de identidad nacional se construyó a partir de la necesidad de diferenciarse del *otro*. Podemos reconocer que la Guerra del Pacífico fue un hito

<sup>39</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 17 de marzo de 1904.

<sup>40</sup> Jorge Larraín, *op. cit.*, p. 43.

importante, pero los procesos mencionados obedecen a circunstancias más amplias que los problemas relativos a dicha guerra.

Si bien estos procesos de diferenciación podríamos considerarlos naturales en los procesos de construcción de identidades, pensamos que en su desarrollo tendieron a eludir aquellos elementos que marcaban continuidades, puesto que "sea como fuere, los desarrollos históricos de Perú y Chile tuvieron características similares. Ambos países nacieron de las guerras de emancipación del Imperio español, poseían una cultura política similar, y se propusieron un régimen republicano bajo la premisa del ciudadano y el bienestar social. Además, los contextos ideológicos y los contextos internacionales fueron los mismos. Las elites leían los mismos libros, vivían bajo los mismos paradigmas, y debían responder ante retos similares de las grandes potencias europeas, en especial de Inglaterra y ajustar sus economías a los ciclos de la economía mundo"<sup>41</sup>.

### III. Idea de orden y apego a la legalidad

Los artículos editoriales de *El Diario Ilustrado* manifiestan constantes relaciones entre un *deber ser*, en cuanto modelo de sociedad, y el apego al ámbito legal, ya sea en términos políticos, sociales o jurídicos. Ello es destacable, en la medida que las imágenes construidas en torno a un *deber ser* nos hablan de las aspiraciones de la sociedad y de las miradas por medio de las cuales se interpretaron y reinterpretaron los conflictos, repercutiendo así en la construcción de nuestra memoria de la guerra y de los contextos en que ésta se insertó. Sin duda, esta situación tuvo implicancias en el acontecer nacional, dentro de las cuales la asociación de que parte de ese *deber ser* era aquello que se ajustaba al respeto por los tratados y pactos establecidos, pudiera ser la más evidente pero no la única.

La historiografía ha mostrado que una de las formas en que la sociedad chilena representó

sus problemas internos a principios del siglo XX fue a través de la imagen de decadencia moral y pérdida de espíritu cívico, lo cual influyó en las lecturas que se realizaron de la Guerra del Pacífico y sus héroes. Este sentimiento de pérdida, que es también de búsqueda de principios morales que permitiesen llevar a la sociedad chilena por un camino de rectitud, puede ser interpretado en términos más amplios; es decir, en función de la búsqueda de principios que permitieran generar mecanismos de identificación de la sociedad chilena en su conjunto. Pensamos que uno de esos mecanismos se relaciona con la valoración que se hace del orden y del apego a la legalidad, en cuanto aquello representa un ideal que permitió definir singularidades nacionales.

Uno de los temas principales que Chile esgrimió para deslegitimar las peticiones bolivianas estuvo determinado por situaciones jurídicas que revestían aspectos morales. En la búsqueda de una especie de moral perdida, el adversario boliviano parecía encarnar, a través de la imagen que ofrecía el periódico de incumplimiento de lo pactado, lo que precisamente la sociedad chilena *no debía ser*. Así, el respeto por los acuerdos pactados, y por los compromisos jurídicos en general, implicaba un sentido del honor que evidenciaba el contenido valórico asociado. J. Domingo Amunátegui, planteaba que

"Lo único justo, lo racional sería cumplir por una parte los tratados pendientes para ganar la voluntad del Perú, a la vez que llenar una obligación, y por la otra trabajar eficazmente para obtener el triunfo que no sería del todo difícil. Esa lucha honrada y abierta con el adversario (...) sin procedimientos monitorios ni de mala fe, que causan generalmente efectos contraproducentes"<sup>42</sup>.

El mismo autor, a raíz de los conflictos con Perú por las provincias de Tacna y Arica, mostraba la asociación de valores como el honor y el orgullo con el ámbito legal. Así, producto del

<sup>41</sup> Cavieres, Eduardo y Aljovín, Cristóbal, *op. cit.*, p. 22.

<sup>42</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 11 de abril de 1902.

miedo que existía ante la posibilidad de tener que devolver a Perú las provincias del norte, hizo una interesante comparación entre la cesión de territorios a Argentina y el caso de Tacna y Arica:

“Aquí se entrega con corazón ligero la Puna de Atacama, se abandonan el Lago Lacar, el Cerro Pali que y otras comarcas importantísimas, se sacrifica en fin el dominio de Última Esperanza... y se pone el grito en el cielo cuando se habla de llevar a cabo el plebiscito respecto de Tacna y Arica, siendo que en el caso problemático de perderla, vale en realidad mucho menos esto que aquello, aparte de las razones más equitativas del caso presente y de que lo primero se entregaba a una potencia más poderosa que la reclama, lo segundo es una circunstancia que lastima nuestra altivez nacional”<sup>43</sup>.

Dos situaciones llaman la atención de este discurso. La primera de ellas se refiere al proceso de redefinición de fronteras que vivió Chile a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, pues se plantea una crítica ante la cesión de territorios. En segundo lugar, la referencia a una especie de orgullo nacional nos permite apreciar el matiz que poco a poco fueron tomando estos conflictos, cada vez más vinculados al ámbito de lo nacional y a sentimientos nacionalistas. Ahora bien, ello no debe sorprendernos, dado que los contextos de fines del siglo XIX y principios del XX eran “relativos a las necesidades de formación de sentimientos nacionales...”<sup>44</sup>.

En relación a lo anterior, en el año 1904 y con motivo de la celebración del 21 de mayo, apareció la siguiente publicación:

“Nada más hermoso que esta prueba de vivo recuerdo y profunda admiración que guardamos para el héroe de Iquique. Ella enaltece a los que la hacen porque son capaces de humillar sin soberbia la frente ante heroicas virtudes y reconocer y proclamar las hazañas de los grandes

hombres, como un ejemplo que debe ser imitado. Sin duda, no a todos toca la suerte de sacrificar la vida por la honra, la patria o las convicciones, pero cuando llega el caso, es preciso para subir a la cumbre del sacrificio que el alma esté templada para la hazaña y sea superior al sacrificio mismo. Prat lo estaba. Su vida entera es una clara muestra del deber que para él era un mandato superior al aprecio de su vida y de sus afecciones...”<sup>45</sup>.

Las implicancias de estas valoraciones llevaron a exaltar la figura de Prat por su compromiso y entrega a la nación, su figura encarnó un *deber ser* de la nación chilena, sublimándose incluso los elementos referidos a su vida privada. El deber hacia la patria y la honorabilidad fueron elementos fundamentales en cuanto ejemplo y guía moral, siendo el patriotismo uno de los símbolos fundamentales que encarnó la figura de Arturo Prat.

Para el caso boliviano, los editoriales del diario nos permiten apreciar las imágenes que se fueron construyendo en torno a tratados y pactos, y a las percepciones que permitieron formular discursos que negaron la legitimidad de las cuestiones pendientes con Bolivia.

“Tenemos con ese país un pacto de Tregua indefinida, en condiciones favorables para Chile y sin plazo alguno que haya vencido. En consecuencia, no existe con Bolivia ninguna cuestión pendiente y por lo que se refiere a la conveniencia de convertir el pacto de tregua en tratado de paz, sería apreciable para nosotros si no se alteraran sus cláusulas...”<sup>46</sup>.

Esta situación de no reconocer que existían asuntos pendientes con Bolivia, podríamos comprenderla en función de una lógica determinada de pensamiento del periodo, en la cual el aspecto legal cumplía un rol primordial. Con Perú, los asuntos pendientes merecieran plena consideración, puesto que allí sí existían situaciones no resueltas en términos legales, como lo era el plebiscito en las provincias

<sup>43</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 11 de abril de 1902.

<sup>44</sup> Eduardo Cavieres, *Chile-Perú, La historia y la escuela...* op. cit., p. 23.

<sup>45</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 21 de mayo de 1904.

<sup>46</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 13 de abril de 1902.

de Tacna y Arica. Por el contrario, la vigencia legal del Pacto de Tregua firmado con Bolivia reforzaba la idea de un conflicto cerrado donde no habría nada más que resolver. De todos modos, aunque los discursos contruidos reforzaron la idea del cumplimiento de los pactos más allá de las condiciones en que fueron suscritos y de los requerimientos que la otra parte solicitara, la discrepancia de opiniones se perfiló bajo la forma de crítica hacia la acción del gobierno:

“No deja de llamar la atención un detalle de estos arreglos con Bolivia. Mientras, respecto del Perú, no se ve una iniciativa de nuestra parte para llegar a la solución, se la divisa con cierta actividad en demanda de terminar con Bolivia cuestiones que no existen y que es necesario formar para resolverlas. Liquidemos lo que verdaderamente es cuestión y no la formemos donde no la hay”<sup>47</sup>.

Llama la atención que en los artículos editoriales revisados las referencias sobre el Pacto de Tregua remarcaran las ventajas económicas y comerciales que presentaba para el país. Esta situación ventajosa sirvió de argumento para no revisar dicho pacto, a la vez que reforzó los sentimientos de superioridad de Chile frente a Bolivia. Ahora bien, la imagen de superioridad, si bien estuvo fortalecida por situaciones coyunturales como la que acabamos de exponer, es también una construcción de largo alcance.

La inestabilidad política con que se suele identificar a los países latinoamericanos actuó como elemento diferenciador en el caso chileno, pues, aparentemente, existía un respeto por las formas legales que habría hecho posible mayores grados de estabilidad, lo cual reafirmó ciertos sentimientos de superioridad. Estas construcciones se fundamentaban, por ejemplo, “en ser el primer Estado en forma que logra consolidarse, que la Constitución de 1833 unifica los criterios y que todos se hacen obedientes a ella. A partir de ese orden, de esa jerarquía, fue posible que el país comenzara a

crecer mucho más aceleradamente respecto a los vecinos, precisamente porque tenía esa noción de orden tan interiorizada en su comportamiento que le hacía sentir, en consecuencia, ser igualmente modelo de las demás”<sup>48</sup>.

Ahora bien, conviene precisar la flexibilidad de estas situaciones, puesto que la estabilidad institucional chilena del siglo XIX, que vendría a actuar a favor de una especie de autoarrogancia, “dependió en gran parte de un sufragio limitado, de niveles de participación política muy bajos y de la mantención de los principales puestos de gobierno y de las cámaras en manos de una pequeña elite interrelacionada social y familiarmente”<sup>49</sup>, asegurando así un ordenamiento estable tanto en lo social como en lo político.

De todos modos, estas construcciones discursivas tuvieron importantes repercusiones en términos de los imaginarios colectivos, pues efectivamente se fortalecieron las ideas que posicionaban a Chile en un nivel superior respecto a sus vecinos. Ya en el siglo XIX “nos sentíamos el modelo de la época, el modelo de republicanism, el modelo de expansión económica, el modelo de virtudes, etc. etc., situación que se vuelve a transmitir y a mantener a lo largo del siglo XX e incluso hasta nuestros días”<sup>50</sup>.

A través de los artículos analizados, Bolivia aparecía como un país que en reiteradas ocasiones no había cumplido los acuerdos establecidos, mientras que Chile, por el contrario, se perfilaba como un país fiel a la palabra empeñada. Este apego al orden y a la legalidad fue marcando diferencias entre chilenos y bolivianos, posibilitando

<sup>48</sup> Eduardo Cavieres, “En torno a Chile y a ideas de Simon Collier”, En: Eduardo Cavieres (Editor) *Entre continuidades y cambios. Las Américas en la transición (s. XVIII a XIX)*, Ed. Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 2006, p. 16.

<sup>49</sup> Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura* Ed. Aconcagua Colección Bello, 1981, p. 213.

<sup>50</sup> Eduardo Cavieres, *Chile-Perú, La historia y la escuela...* op. cit., p. 14.

<sup>47</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 13 de abril de 1902.

las distinciones entre *nosotros y ellos*. De este modo, la imagen respecto a Bolivia tomó formas negativas que se fueron divulgando a través de discursos como éstos:

“¿Bolivia garantiza que no violará este tratado como violó el de tregua en lo relativo a la liberación de mercaderías chilenas?”<sup>51</sup>.

Es interesante precisar que la desconfianza frente a los países vecinos es aún un tema vigente. Eduardo Cavieres ha señalado que “notamos desconfianza y hasta cierto punto rechazo a sus similares de los países colindantes. No es necesariamente efecto del peso de la historia, sino mucho más fuertemente de las formas como se ha transmitido la historia. Y no me refiero necesariamente al papel de la escuela. En la mayoría de los casos, particularmente en niños, las descalificaciones y desconfianzas hacia los países colindantes se han escuchado y se repiten a través de la familia, del barrio, de los periódicos, de la televisión”<sup>52</sup>.

Llama la atención que la cuestión marítima con Bolivia, tan presente en nuestros tiempos, no fuese un tema recurrente en los editoriales que *El Diario Ilustrado* publicaba. Desde la perspectiva de *El Diario Ilustrado*, la concesión de una franja territorial que diera salida al Pacífico no se evaluaba como una posibilidad sino más bien se analizaban los acuerdos comerciales que debían establecerse a partir de la no cesión de un puerto. Ahora bien, aunque el tema no se presentara de manera explícita en los artículos, no negamos que efectivamente fuese un tema importante en las discusiones.

Ahora bien, al respecto, en un artículo publicado a comienzos del año 1902, y con motivo de ciertos acuerdos logrados en las negociaciones con Bolivia, destacamos el siguiente análisis:

“La opinión boliviana, entendiéndola por tal no la de los hombres que conocen los horizontes del mundo y disfrutaban de tranquilidad de espíritu como los dos últimos negociadores bolivianos, sino la opinión dominante en la masa de aquel pueblo, no se inclina a aceptar ningún arreglo que no satisfaga las utópicas aspiraciones a un puerto. Hablar, pues, de triunfos diplomáticos en perspectiva como si no fuéramos nosotros los que vamos a ceder ventajas actuales y positivas en cambio de un bienestar futuro más o menos indefinido y vago, es dificultar simplemente el buen éxito de las negociaciones iniciadas, dando mayor pábulo a los recelos internacionales del aquel pueblo”<sup>53</sup>.

Hay una distinción entre los intereses de quienes representaban a Bolivia en las negociaciones con Chile y los intereses de la población de dicho país. Ante la mirada de este medio de prensa, los primeros aparecían como figuras capaces de negociar en base a los acuerdos pactados sin pedir a Chile más que lo que los acuerdos establecían, sin embargo, a nivel popular, la situación parecía tomar tintes diferentes. Aparentemente, la aspiración de obtener un puerto en el Pacífico parecía tener más fuerza en la esfera del pueblo boliviano que en quienes estaban a cargo de las negociaciones.

René Zavaleta Mercado, escritor boliviano, “decía que las elites, en la época de la Guerra del Pacífico, no tenían conciencia marítima, porque nosotros nunca hemos sido ni vamos a ser un pueblo marítimo, probablemente cuando se llevaron Antofagasta no les preocupó en nada, les hubiera preocupado más que se llevaran la Virgen de Copacabana, que es bien emblemática”<sup>54</sup>. De este modo, comprendemos que en aquel momento la demanda marítima no constituyera el centro de las discusiones, puesto que recién a fines del siglo XIX Bolivia va a comenzar a articular una conciencia sobre las tierras del oriente. En

<sup>51</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 2 de junio de 1904.

<sup>52</sup> Eduardo Cavieres, *Chile-Perú, La historia y la escuela...* op. cit., p. 27.

<sup>53</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 17 de abril de 1902.

<sup>54</sup> Citado por Gustavo Rodríguez. Exposición en seminario interdisciplinario Chile-Bolivia. Universidad Católica de Valparaíso, 2006, sin publicar.



este sentido, el historiador boliviano Gustavo Rodríguez plantea que los sentimientos nacionalistas en Bolivia estarían más ligados a las consecuencias de la Guerra del Chaco en 1932 que a las de la Guerra del Pacífico en 1879, dado que la primera estimuló una relectura de la segunda.

Finalmente, consideramos que en los análisis realizados sobre estos temas existieron miradas influenciadas por componentes legales, que definieron aspectos nacionales y que entre-garon elementos comunes de identificación en la población chilena. El respeto por los pactos establecidos fue entendido como un valor de lo chileno, lo que a su vez sirvió para diferenciarse de la sociedad boliviana. Este apego a la legalidad, al relacionarse con valores como el honor, reforzó en los imaginarios colectivos aquellos sentimientos de superioridad.

#### IV. Fundamento económico

Los innumerables contactos comerciales que se han dado (y se siguen dando) a lo largo del desarrollo histórico chileno echan por tierra aquella imagen de Chile en situación de aislamiento. Esta imagen construida por los liberales del siglo XIX se identificó con una de nuestras principales fortalezas como nación, por cuanto “nos sentíamos que éramos el último rincón del mundo, y que ya por razones naturales, estábamos aislados del resto de los países en formación”<sup>55</sup>. Tales contactos que son también sociales y políticos podrían traducirse en la formación de redes comerciales desde los tiempos coloniales, que han permitido la inserción de Chile a las redes de la economía mundial.

Para el periodo estudiado, las relaciones comerciales que se generaron entre los distintos países se vincularon con la formación de identidades nacionales y con sentimientos nacionalistas. Los vínculos que se forjaron con las sociedades europeas, especialmente inglesa y norteamericana, fueron esenciales

por los capitales invertidos en el país y porque actuaron como modelo para la sociedad chilena. La presencia extranjera, más allá de los motivos comerciales, contribuyó en la formación de imágenes culturales respecto a Chile, influyendo también en los discursos que se construyeron respecto a los problemas propios de este periodo.

Si bien la explotación del salitre en el norte del país generó que Chile, Perú y Bolivia dinamizaran sus vínculos, adquiriendo importancia las disputas económicas y territoriales, no debemos olvidar que las relaciones comerciales entre éstos fueron frecuentes desde el periodo colonial. Incluso podríamos hablar de una dependencia de los mercados chilenos respecto a los peruanos, “sin la cual Chile difícilmente habría podido subsistir”<sup>56</sup>.

Las dinámicas propias del mundo colonial, en las cuales Perú competía con Concepción, Valparaíso y La Serena, perduraron hasta la apertura del Canal de Panamá en 1914, momento en que los comerciantes limeños comenzaron a perder el predominio que habían ejercido sobre el mercado chileno. “Bajo los problemas del tráfico y en la percepción general de los chilenos, existían rivalidades y formas de descontento que se expresaron en más de una ocasión. Un sentimiento de superioridad por parte de los peruanos y otro de inferioridad del lado de los chilenos, dieron lugar a la formación de estereotipos, con lo que ellos tienen de falso y caricaturesco”<sup>57</sup>. Con el correr del tiempo estas situaciones comenzaron a alternarse y en ello pareciera que al auge comercial y la estabilidad política de Chile fueron esenciales. Sergio Villalobos ha señalado que “en el país del norte, la mayor autonomía alcanzada por Chile en el plano institucional y de los negocios, dejó resquemores, porque no podía aceptarse que el predominio tradicional se les escapase”<sup>58</sup>. Desde los siglos coloniales, Chile y Perú

<sup>55</sup> Eduardo Cavieres, *En torno a Chile y a ideas... op. cit.*, p. 13.

<sup>56</sup> Sergio Villalobos, *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa 1535-1883*. Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 2002, p. 14.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 16.

se perfilaban como dos mundos diferentes aunque estrechamente vinculados entre sí. La región salitrera se fue constituyendo en una zona pluricultural, donde la presencia chilena, peruana, boliviana, andina y extranjera interactuaba de manera constante. El dinamismo que existía en la región de explotación salitrera no podemos pensarlo sólo en términos económicos, sino también en términos sociales, pues la inmigración por mano de obra puso en contacto a sociedades diversas, que por motivos laborales debían coexistir.

Desde la perspectiva comercial, las opiniones vertidas por *El Diario Ilustrado* sostenían la necesaria integración Chile, Perú y Bolivia, develando una especie de conciencia respecto a la necesidad de fomentar el desarrollo conjunto de éstos.

“Es sabido que nada une más a los pueblos que las relaciones comerciales. No debemos pretender arruinar a Bolivia, que la pretensión de arruinar a otra nación suele tener serias consecuencias; comúnmente no se consigue el objeto y sí un enemigo tenaz y animado de un odio que suele ser funesto en cualquier complicación internacional. Bolivia, andando el tiempo, puede surgir: démosle la mano, para que si lo consigue sea por nosotros y no gracias a otra nación antagonista; estrechemos las relaciones con ella, aunque sean hondas las heridas de la guerra, con buen criterio y sana intención de nuestras autoridades podemos tener en ella un mercado para nuestro comercio, un aliado y por lo menos eliminar un enemigo”<sup>59</sup>.

Vemos aquí la posición de superioridad de Chile frente a Bolivia, al ser éste quien debía ayudar a la nación más débil. A nivel de los conceptos que se utilizaban, no podemos dejar de destacar que a Bolivia se la identificaba como el enemigo, no como una nación con la cual existían conflictos pendientes, sino como una nación antagonista, situación que, como hemos venido señalando, reforzaba los límites entre nosotros y ellos.

Ahora bien, la alusión que se hacía a la superación de las heridas provocadas por la guerra nos permite indicar que las visiones de este medio de prensa postulaban que el desarrollo y cooperación comercial entre ambos países era un medio válido para solucionar los conflictos, desestimando soluciones por la vía armada. En esta pretensión, la presencia extranjera jugó un importante rol, pues la imagen que proyectaba Chile se esgrimía como argumento para indicar la necesidad de solucionar prontamente los conflictos en el norte.

“No es posible prolongar por más tiempo una situación que da lugar en el extranjero a apreciaciones desfavorables para el país, ya que Chile es el tenedor de la prenda; y que al propio tiempo perjudica considerablemente su movimiento mercantil”<sup>60</sup>.

La estabilidad política, económica y social que presentaba Chile en relación a sus vecinos había sido siempre un fundamento que permitía explicar por qué la inversión extranjera escogía los mercados nacionales. Por lo tanto, la inestabilidad podía generar celos en el extranjero y perturbar así las dinámicas comerciales con el exterior. En función de ello, aparecieron en *El Diario Ilustrado* una serie de artículos que centraban sus discursos en la necesidad de solucionar los temas pendientes tanto con Perú como con Bolivia, por la vía de las negociaciones comerciales. Así, una de las valoraciones que se hicieron de la firma del tratado con Bolivia explicitaba la siguiente situación:

“En general, puede estimarse que el tratado con Bolivia, aprobado ya por los Congresos de los dos países, es favorable para ambos, por cuanto hace definitiva una situación inestable y les permite en paz y amistad desarrollar su comercio y mutuos intereses.

Ésta será siempre la principal ventaja de ese tratado, y aun cuando la cuestión con Bolivia no era de por sí un obstáculo serio al crédito de Chile en el extranjero, era sin duda un dato que siempre el capital

<sup>59</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 11 de octubre de 1903.

<sup>60</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 13 de abril de 1902.

europeo y americano, receloso del suyo y ahuyentado por la idea general que se tiene de los países de América, debía tomar en cuenta... ”<sup>61</sup>.

De este modo, si bien en el periodo estudiado existía una marcada necesidad de definir identidades nacionales por medio de la diferenciación del *otro*, en los temas vinculados al comercio se perfilaban ideas que apuntaban a la integración más que al desarrollo de una economía aislada de los países vecinos, aludiendo a situaciones de índole geográfica que justificaban dichas posturas.

“Mala política es la de mantener latente la cuestión del norte. Buena política será siempre la de arreglar nuestras cuestiones, para abrir vías perdurables a las relaciones económicas y comerciales que la naturaleza ha querido imponer a vecinos como Chile y Perú”<sup>62</sup>.

Para el caso boliviano, desde los planteamientos de *El Diario Ilustrado*, las ventajas comerciales se consideraban como medio de cambio por el litoral, recalcando las mejorías económicas que se darían a Bolivia al no conceder un puerto. Aparentemente, en la lógica de pensamiento del periodo, el comercio era un criterio central en la toma de decisiones.

“Desde este punto de vista, el tratado de Bolivia y Chile es provechoso para ambos países. Bolivia no tendrá puerto propio, pero tendrá todas las ventajas de la salida al mar, sin inconveniente, pues no necesitará ni administración ni buques. Tendrá líneas férreas que crucen sus feroces territorios, garantidas por Chile y dispondrá de recursos para estimular el progreso de sus ciudades e iniciar obras públicas.

Su progreso no será ya antagónico, sino armónico con los intereses chilenos y ambos países pueden ya sin recelos y unidos por la única amistad positiva entre las naciones –la de la mutua conveniencia– afrontar el porvenir”<sup>63</sup>.

Hasta ahora, hemos visto cómo a partir del desarrollo comercial aparecieron visiones que apuntaban a la integración de Chile, Perú y Bolivia. Sin embargo, es necesario expresar que las valoraciones que se hicieron a principios del siglo XX, incluyendo las que presentaron personajes importantes del periodo, estuvieron influenciadas por contenidos nacionalistas.

El desarrollo comercial es también un problema en el cual influyen ideologías y las formas de entender la realidad, sobre todo en un periodo donde la idea de lo nacional poseía gran fuerza. Así lo atestigua, por ejemplo, Francisco A. Encina.

“Entre los factores que más pesan en el desarrollo económico ocupa el primer lugar el sentimiento de nacionalidad; o sea el egoísmo colectivo que impulsa a los pueblos a anteponer el interés nacional y a perseguir, en sus relaciones con los demás, sólo la prosperidad y el engrandecimiento propios. Este sentimiento, que no es sino el instinto de conservación en las sociedades ha decaído entre nosotros en los últimos treinta años”<sup>64</sup>.

Llama la atención el contenido que se le otorgó al *sentimiento de nacionalidad*, el cual se comprendió casi exclusivamente a partir de las necesidades e intereses del propio país. Estas miradas podríamos considerarlas parte de construcciones discursivas con importantes contenidos de arrogancia y que vienen a fomentar el desarrollo de sentimientos de superioridad en Chile.

En el análisis que Encina hizo de la sociedad de su tiempo, se evidencia una pérdida de nacionalismo que estaría afectando el desarrollo comercial producto de la preeminencia de los extranjeros en estos ámbitos. Esta falta de nacionalismo, junto a rasgos propios de *nuestra raza*, permitirían explicar *nuestra inferioridad económica*, nombre con el cual titula su obra.

<sup>61</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 19 de febrero de 1905.

<sup>62</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 15 de enero de 1905.

<sup>63</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 19 de febrero de 1905.

<sup>64</sup> Francisco Encina, cit. en: Cristián Gazmuri, *op. cit.*, p. 48.

Estos pensamientos podemos vincularlos con los discursos de *El Diario Ilustrado*, donde se estableció una interesante relación entre el poder material como símbolo de superioridad y el poder comercial.

“El vigor de las naciones no se marca hoy por la fuerza material, ni buscan los Estados progresistas el llegar a una expectable situación continental valiéndose tan sólo de medios impositivos; la influencia del comercio es decisiva en las relaciones internacionales y la que más efectivamente establece la preeminencia de unos Estados sobre otros. La potencia material sirve más para proteger la influencia comercial que para fundar por sí y sostener la primacía simplemente política”<sup>65</sup>.

Frente a estas situaciones, el poderío militar se presentaba más como un medio que como el sustento de las relaciones entre los distintos países. En función de la importancia que se le otorgó al desarrollo comercial y en el marco de los temas pendientes con Perú, el comercio se constituyó en una razón por la cual se debían solucionar, lo antes posible, las situaciones pendientes con Perú y Bolivia. De este modo, el comercio y el dinero asociado a él vendrían a ocupar un rol cada vez más significativo en el desarrollo de la sociedad, influyendo también en las imágenes y significados que se dieron en torno a la Guerra del Pacífico, puesto que ésta no se identificó sólo con el momento en que los valores patrios chilenos se manifestaron con fuerza, sino también surgieron valoraciones en las que el conflicto se relacionó con la crisis de principios de siglo, por medio de la riqueza que se generó a través de la incorporación al territorio nacional de las provincias salitreras.

Así, la actividad comercial se perfila como una directriz fundamental a la hora de pensar en los conflictos y de negociar los mismos. Es por ello que se aprecia que a través de los lazos comerciales era posible fundar las relaciones entre estados, generando discursos como:

“Apartemos el enconado interés del Perú por estas provincias con nuevos asuntos. Si hoy día las naciones no se unen sino por lazos comerciales, fabriquemos esos lazos; el diplomático o el hombre de negocios que los tienda habrán hecho un servicio al país”<sup>66</sup>.

En síntesis, la explotación del salitre dinamizó el comercio en una zona que hasta ese entonces generaba escaso interés. La riqueza encontrada allí fue modificando la imagen del desierto y la valoración del territorio nacional, en la medida que comercializar con *otro* u *otros* implicó mirar y relacionarse con naciones diversas. Por tanto, el comercio podría pensarse como un nivel más de estos procesos globales de definición de identidades.

Finalmente, los planteamientos aquí presentados nos han permitido observar cómo se fueron construyendo los discursos referidos a la Guerra del Pacífico y a las problemáticas que se asociaron a ella. La construcción discursiva de la prensa hizo una relectura de la guerra y de los problemas vinculados a las sociedades involucradas en el conflicto desde el sentimiento de *lo nacional*, evidenciando que estos conflictos no sólo fueron producto de problemas económicos y geopolíticos, sino que fueron parte de formas determinadas que las sociedades de aquellos tiempos tenían de comprender, de reaccionar y de apropiarse de una realidad.

## Bibliografía

ALJOVÍN, C. y E. CAVIERES (2005) (Ed.) *Chile-Perú; Perú-Chile. Desarrollos políticos, económicos y culturales, 1820-1920*; P. Universidad Católica de Valparaíso, Universidad de San Marcos, Valparaíso.

CAVIERES E. (2006) *Chile-Perú, La historia y la escuela. Conflictos nacionales, percepciones sociales*. Ed. Universitarias de Valparaíso.

\_\_\_\_\_ (2006) *Entre continuidades y cambios. Las Américas en la transición (siglos XVIII a XIX)*, Ed. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso.

<sup>65</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 9 de abril de 1902.

<sup>66</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago, 19 de marzo de 1904.

ELMORE, P. (1997) *La fábrica de la memoria. La crisis de la representación en la novela histórica latinoamericana*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Lima.

GAZMURI, C. (1980) *Testimonio de una crisis. Chile 1900-1925*, Ed. Universitaria, Santiago.

GONZÁLEZ MIRANDA, S. (2002) *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino 1880-1990*, Ed. DIBAM, Santiago.

HOBSBAWM, E. (2004) *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Ed. Crítica. Barcelona.

LARRAÍN, J. G. J. y F. SEPÚLVEDA (1995) *Cultura e Identidad en América Latina*, Ed. Instituto chileno de estudios humanísticos ICHEH, Santiago, 1995.

LE GOFF, J. (1988) *Histoire et mémoire*, Ed. Gallimard. Folio Histoire, París, 1988.

SATER, W. (2005) *La Imagen heroica en Chile. Arturo Prat, santo secular*, Ed. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago.

SUBERCASEAUX, B. (1981) *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura* Ed. Aconcagua Colección Bello.

VILLALOBOS, S. (2002) *Chile y Perú. La Historia que nos une y nos separa 1535-1883*. Ed. Universitaria, Santiago.

### **Revistas**

DÍAZ A. y R. RUZ (2009) "Estado, escuela chilena y población andina en la ex Subdelegación de Putre. Acciones y reacciones durante el período post Guerra del Pacífico (1883-1929)", en *Revista Polis*, ISSN 0718-6568, versión en línea, N° 24.

SUBERCASEAUX, B. (1999) "Caminos interferidos: de lo político a lo cultural. Reflexiones sobre la identidad cultural", en *Revista de Estudios Públicos Verano*. Santiago, N° 73.

### **Periódicos**

"El Diario Ilustrado".